

(sin título)

*Giuliana Santoichi*

(Texto leído en “El monstruo del arte”, 3era fecha del ciclo de lecturas de CHARQUI/ediciones. RUSIA/galería, Tucumán, 9 de julio de 2015)

\*

En el interior de un café céntrico se encontraban ambos sentados al borde de sus asientos, hablando a los gritos. Ni bien atravesaron la entrada ya habían elegido una mesa junto a la barra (ambos disfrutaban mucho del olor a café que salía de la máquina), se habían sentado y habían tirado sus respectivos bolsos en el piso, debajo de su mesa, en un gesto torpe pero de cierta manera respetuoso, sin invadir el espacio ajeno.

Ella tenía puesto un vestido corto de un estampado medio psicodélico. Llevaba el pelo suelto y despeinado sobre la cara. En las orejas lucía unos aros con forma de lechuga. Le salían chispas de fuego desde los ojos cuando el otro decía algo que le interesaba o le inquietaba. Los ojos maquilladísimos, sin ningún tipo de respeto por el contexto (plena mañana provinciana de un día de semana) se movían de un lado al otro, mientras las manos nerviosas acercaban y alejaban el menú del borde de la mesa, como si el mismo se quisiera suicidar pero tuviera sus dudas.

Él era reconocible a una cuadra de distancia. La manera peculiar en que se movía cuando caminaba, los piecitos siguiéndose uno al otro como trabajadores apurados concentrados en alcanzar rápido el colectivo, y el pelo elevado en una estructurada imitación de peluquín, montado sobre la cabeza en tensión constante y moviéndose al ritmo del viento, lo convertían en un personaje digno de ser mirado, por el mero hecho de su extravagancia.

Conversaban sobre una idea para una obra nueva, ella leía de un papel arrugadísimo palabras sueltas que no hubieran significado NADA para cualquiera de los demás comensales del bar, pero que en esta mesa se convertían en sagradas. Registros divinos de los pensamientos más hondos y maniáticos. Él asentía como poseído e interrumpía cada tanto para agregar un concepto, una pregunta, una palabra suelta, cualquier cosa. Un mozo pasó cerca y se percató de que estos clientes no estaban consumiendo nada, y antes de que el dueño del bar lo retara por permitir que alguien se dignase en usar sus instalaciones para simple cháchara sinsentido, se acercó a la mesa para tomar el pedido. Tuvieron que pasar algunos segundos para que estos dos personajes se percataran de su presencia, ellos estaban envueltos en una nube vaporosa medio rosada, que los apartaba automáticamente de la escenografía que los rodeaba; ellos sentían que una cámara los filmaba para un documental o algo por el estilo. Estaban idos, perdidos en una conversación que a estas alturas ya abarcaba temas tanto metafísicos como extremadamente ridículos, como por ejemplo preguntarse si una textura podía representar el sentimiento de estar desnudo, o discutir sobre el verdadero sentido de estar en pareja sin sentirse un actor de una película hollywoodense. Había ideas que iban y venían. El mozo, algo asustado y sin entender, pero tampoco demasiado interesado, se limitó a tomar el pedido y huir lo más rápido posible.

Continuaron planeando sus proyectos increíbles, donde se podía hacer de todo, sólo había que conseguir la plata y el lugar, o a tal persona, o ese material que no existía en Argentina, pero no importa, y así. Gritaban sin darse cuenta, estaban tan entusiasmados que no notaban que la gente del bar comenzaba a asustarse. Unas señoras detuvieron su charla sobre comida macrobiótica para observar al extraño par de la mesa cercana a la barra. Un hombre, en otra mesa, no podía concentrarse en la sección de política de su diario, le distraía ver a esta pareja maniática que encima estaba tan rara vestida. ¿Por qué él rompe así en mil pedazos las servilletas mientras habla? ¿Qué hace ella acomodando los sobrecitos de café en forma de triángulo? El hombre empezó a sentirse realmente incómodo y

perturbado. La escena se sentía como cuando alguien abre una canilla y de repente el agua sale disparada en un chorro potente, de esos que violentamente te mojan entero. Una cosa totalmente inocente (al fin y al cabo, ¿qué es un poco de agua sobre la ropa?) pero que asusta, que crea incomodidad y frustración por su cualidad de incontrolable e inmediata. Y es que el monstruo del arte es así, aparece de repente y se manifiesta en cuerpos que no pueden hacer nada de nada para impedirlo. Y no sabemos ni de dónde sale ni qué pretende. Pero todos saben que ahí está, y no es un monstruo perverso ni cruel, pero al fin y al cabo es un monstruo, una criatura sobrenatural que provoca tanto susto como fascinación, extrañeza admiración, rechazo y envidia. Puede resultar avasallante y egoísta muchas veces. Pero eso sí, sus intenciones son buenas.